

David Blanco Laserna

GALILEO ENVENENADO

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

1.ª edición: mayo 2011

© del texto: David Blanco Laserna, 2011
© del diseño e ilustración: Puño, 2011
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9297-4
Depósito legal: M-16124/2011
Impreso en Anzos, S. L.
Avda. Cervantes, 51
28942 Fuenlabrada (Madrid)

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia
Española en la nueva *Ortografía de la lengua
española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

CAPÍTULO PRIMERO. El joven del laúd	9
CAPÍTULO SEGUNDO. Lección de anatomía	22
CAPÍTULO TERCERO. Los tres lados del triángulo . . .	37
CAPÍTULO CUARTO. La mano de Galileo	43
CAPÍTULO QUINTO. Tres farsantes	55
CAPÍTULO SEXTO. La muerte acude a una fiesta . . .	62
CAPÍTULO SÉPTIMO. En el amor y en la guerra	74
CAPÍTULO OCTAVO. Galileo envenenado	81
CAPÍTULO NOVENO. Lo que nadie supo ver	91

APÉNDICE

PERO ¿A QUIÉN SE LE OCURRE?	107
Galileo Galilei	107
GRANDES ÉXITOS DE GALILEO	113
El experimento de la Torre Inclinada	113
El anteojo	116

El verdadero rostro de la Luna	118
El tiempo en sus manos	120
EL ENEMIGO EN CASA	125
Los mensajes cifrados	125
¿TE ATREVES A...?	131
Repetir el experimento de la Torre Inclinada . . .	131

*Para Raquel y Yango,
dos antídotos para los venenos*

CAPÍTULO PRIMERO

El joven del laúd

Aunque al hombre del tiempo le fastidie reconocerlo, hay tormentas que ni siquiera él puede prever. Existen feroces huracanes que dan sus primeros pasos en una tarde soleada, bajo un cielo despejado y en el más idílico de los escenarios. Por ejemplo, en el maravilloso jardín de Matteo Scarpaci, el rico comerciante de Pisa, donde ni las hormigas se preocupan de que puedan aplastarlas de un pisotón.

Sobre una de las galerías del patio, las enredaderas bordean un toldo de hojitas verde oscuro, como recién recordadas en papel charol. A la sombra, junto a un macetón canela donde duerme la siesta un pavo real, están sentados dos jóvenes: Caterina y Galileo. No les habléis ahora de crímenes sobrenaturales, ni les preguntéis por la venganza del alquimista o el asesinato del príncipe Lorenzino de Mantua. Todavía no saben nada. Sin embargo, la tempestad ya se ha puesto en marcha, y antes de que se den cuenta los encontraremos justo en el ojo del huracán.

Estamos en 1583. O al menos, ellos lo están.

El sol se siente inspirado en esa tarde de febrero y no se ahorra un solo color, del violeta al amarillo de Nápoles, para pintar sobre la sábana del cielo un espléndido atardecer. Ninguno de los dos jóvenes está de humor para apreciarlo.

Galileo se cubre con una raída toga de universitario, donde las polillas se han dado banquetes inolvidables; en cuestión de manchas podría competir con la piel de una jirafa. Caterina luce un vestido de raso azul, con mangas de armiño, lleva el pelo adornado con hilos de seda y recogido en una redecilla de perlas.

Galileo tamborilea nervioso sobre la caja de un laúd, Caterina maltrata las esquinas de una cuartilla con la letra de una canción que arrasa entre los jóvenes florentinos: *Amor, condenado amor*. Ahora discuten acaloradamente.

* * *

—No te comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

El cuerpo de Galileo se contorsionó en una expresión muda, dando a entender que para él la respuesta era evidente.

—¿Qué? —insistió Caterina.

—¿Cómo que «qué»? Que me acabas de dar calabazas. ¿Qué te parece? Eso, aunque lo mires del revés, no tiene sentido.

—¿Debería tenerlo?

—Debería. Todo tiene un sentido. Desde la mudanza de las estrellas hasta el rebuzno de un asno.

Caterina parpadeó, sin saber si la estaban comparando con una estrella o insinuando que cantaba peor que una burra.

—Pues entonces lo tendrá.

—Pues mira, yo no se lo encuentro. A no ser que cambies de opinión...

—Pues no lo tendrá entonces.

Galileo cogió la mano de Caterina entre las suyas. Al contacto áspero de su piel, ella no pudo evitar un respingo: la tinta se agazapaba bajo las uñas del joven estudiante de medicina; en lugar de sortijas, los dedos se adornaban con manchas resistentes al jabón y con las mordeduras del ácido derramado en oscuros experimentos alquímicos. Para colmo, esas manos vendrían derechitas de diseccionar algún cadáver.

—¿Te das cuenta de lo que te ofrezco?

—Desde luego —Caterina no apartaba los ojos de la mano.

—¡No bromees!

—¡No lo hago! —la joven aprovechó el ímpetu de Galileo para soltarse.

Este cerró los puños y apretó las mandíbulas.

—¡Soy la persona más inteligente que hayas conocido nunca! —el orgullo se le escapaba silbando por las orejas, como si su cabeza fuera una tetera con dos pitorros.

—Y yo no te quiero.

—¡Eso es lo que no tiene sentido! Si lo pensaras...

—Es que no necesito pensarlo.

—Es obvio que no lo haces.

—¡No necesito pensarlo! Necesito sentirlo.

El pavo real asomó la cabeza y, en vista del panorama, corrió a esconderla de nuevo. Caterina suavizó el tono.

—Mira, Galileo. Eres el mejor de los amigos. Alguien importantísimo para mí...

—No sigas, no sigas —él se tapó los oídos—. ¿Quién quiere ser tu amigo? Amigos tengo a patadas. Y también enemigos. No me falta de nada. Te quiero a ti.

—De verdad que lo siento.

¿De verdad lo sentía? Lo que sentía él es que se subía por las enredaderas.

—¿Sabes qué te digo?

—No lo digas, anda —Caterina tragó saliva—. No va a sentarnos nada bien a ninguno de los dos.

Galileo no estaba de acuerdo. Así que soltó lo que pensaba.

Caterina suspiró.

La última frase había herido de muerte la conversación. Galileo agarró el laúd por la panza y se marchó. En ese momento hubiera dado la vida por un buen portazo que estremeciera los tres pisos de la residencia Scarpaci, pero en el jardín no había puertas. Se tuvo que conformar con atizarle un porrazo a una enredadera. La planta tenía espinas para regalar. Galileo se las llevó puestas.

—¡Ay!

Y desapareció calle abajo chupándose el dedo.

El joven que arremetió contra la multitud que desbordaba la *Piazza di Porci* era una caldera humeante, donde se hubieran podido hervir tres manzanas, una zanahoria, un manojo de apios, una hojita de laurel y hasta un jabalí. A falta de tantos ingredientes, lo que le hervía era la sangre. El corazón le latía al ritmo de los tambores de guerra de los apaches. ¿Qué más daba? Llamaban a un combate que ya había perdido.

Caterina no le quería.

A los diecinueve años, Galileo Galilei sentía que había tocado fondo. Como un pescador de la Polinesia, se

había comprometido en un vertiginoso descenso tras el imán de una perla negra. Pero antes de atraparla, la concha se había cerrado a traición, pellizcándole los dedos, y no sabía cómo soltarse y volver a la superficie. Se ahogaba. Acostumbrado a salirse con la suya, ahora no sabía dónde meter su frustración.

Galileo era un joven escandaloso, simpático, fanfarrón y tan brillante que eclipsaba el sol de cualquier otra personalidad. Allí donde te lo encontraras, en el taller de un tapicero de botones o comiendo pistachos bajo la estatua del gran duque Cosimo I, llamaba la atención. Su principal defecto era que no sabía mantener la boca cerrada. Su perspicacia era un bisturí con el que practicaba a todas horas y que tarde o temprano acababa incrustado en el orgullo de alguien. Sus compañeros de universidad lo apodaban el Pendenciero y al mismo tiempo se rendían a su inteligencia, a su capacidad para apreciar verdades que otros pasaban por alto o para acribillar a los profesores con preguntas que siempre daban en el blanco de lo que no sabían.

Tan convencido estaba de su talento que su futuro le traía al fresco, dividido entre las razones de su padre (que le había obligado a estudiar medicina) y las suyas propias: el dibujo, la música y una excéntrica afición por las matemáticas, que cultivaba en secreto.

Si de algo no le cabía duda, era de que Caterina y él formaban la pareja ideal, como la nata y el chocolate, la carne picada y los espaguetis, un pie y su calcetín. Ella apreciaba su humor y pasaba por alto sus impertinencias, cuando no lo ponía en su sitio con una réplica más mordaz todavía. Camino de la residencia de los Scarpaci, el mundo entero se había contagiado de su amor por la joven. A su alrededor todo eran buenos augurios: el martilleo alegre de

los artesanos, los aromas familiares que escapaban de las casas, el alboroto de los niños y la animación de los puestos callejeros. Si ella se hubiera echado en sus brazos para responderle que sí, Pisa se habría convertido en un madrigal, un cuadro de Leonardo, un teorema de Arquímedes... Pero después de su negativa, Pisa le parecía un ladrido de perro, un excremento de gallina, un galimatías sin sentido. ¿Cómo no había sabido interpretar las señales que a cada paso lo advertían de la catástrofe?: el estrépito grosero de los artesanos, las pestilencias que exhalaban las casas, el griterío de los niños y el chalaneo infame de los puestos callejeros.

Al pasar frente a la taberna del Flaco, Galileo frenó en seco: supo que había llegado a su destino. Sobre la puerta, colgada de una escuadra de hierro oxidado, se balanceaba una chapa de madera con la imagen de un ganso tétrico, que parecía recién salido de una bañera de aguarrás.

Daba la impresión de que todas las tablas de aquel tugurio se mantenían juntas gracias a la mugre, que hacía de pegamento. Por suerte, las fumaradas de las pipas y el hollín del fogón tejían una niebla impenetrable que velaba los detalles: los churretes que engrasaban los bancos, las idas y venidas de las ratas, y un gato con moquillo que arrastraba entre las telarañas su piel de felpudo gastado.

Veinte pares de ojos —incluyendo los de un par de tuertos— siguieron al joven estudiante hasta la barra donde pidió un jarro de vino. Nada más verlo entrar con el laúd colgado a la espalda y la flecha de Cupido atravesada en el corazón, y al oír el tintineo de las monedas en la bolsita que llevaba atada al cinto, el júbilo entre la clientela del Flaco fue unánime; en su fuero interno cada uno eligió la palabra que le hizo más gracia, pero todas tenían el mismo signifi-

cado: el caprichoso destino les estaba sirviendo en bandeja a un verdadero primo. (O si lo preferís, a un pringado, un panoli, un guillote, un panarra).

Y veinte pares de manos —incluyendo las de un par de mancos— se frotaron cuando Galileo carraspeó antes de preguntar si podía incorporarse a una partida, donde tres ladrones, Moscardone, Scarabocchio y Gattamorta, se robaban los cuartos unos a otros.

Le hicieron sitio en la mesa con gran ceremonia. Se cortó el mazo y se repartieron las cartas; dos por barba. Jugaban a la *primiera*, una especie de tute a la italiana. Galileo depositó sobre la mesa desportillada una lira reluciente, desnuda frente al resto de las monedas, que se cubrían pudorosamente con una capa de roña.

Así, arrancó la partida más memorable jamás disputada sobre los tapetes harapientos de la taberna del Flaco.

¿Conocéis el dicho: «Desafortunado en amores, afortunado en el juego»? Pues quizá nació aquella tarde en la ciudad de Pisa. Ante un público rendido de truhanes, Galileo ganaba una baza tras otra como un plusmarquista saltando vallas.

La victoria se le subió a la cabeza antes que el vinazo de Bardolino. El juego le ofrecía una salida a su orgullo herido, aunque fuera por la puerta de atrás.

—¡Toma! Lo veo y lo doblo. *Fluxus* de cuatro reyes. Gano otra vez. ¡Ja!

Moscardone, Scarabocchio y Gattamorta observaron el despliegue de figuras sobre el tapete como si fueran caricaturas que los ridiculizaban. A sus espaldas, un coro de risitas servía de eco a las risotadas del joven del laúd.

Galileo debía de considerar que el ambiente no se hallaba suficientemente cargado:

—Menudos paquetes estáis hechos. ¡No deberían dejar que os acercarais a una baraja!

—Cie-rra-el-pi-co —Moscardone pasó las cinco sílabas por la picadora de sus muelas rotas.

Cada vez que Galileo ligaba una pareja de ases, sumaba un trío de resentidos.

—Ni haciendo trampas me ganáis, ¿eh, so mantas?

—¿TRAMPAS?

—¿MANTAS?

De nuevo el joven desatendió las señales de peligro: la vena que latía desbocada en la sien de Gattamorta, el rechinar de dientes de Scarabocchio, un rictus que desfiguraba la boca de por sí repulsiva de Moscardone... De un manotazo, le tiró las cartas a Gattamorta sobre la mesa. De la manga cayeron dos o tres naipes de propina. Galileo recogió un *fante di bastoni* (la sota de bastos) y mostró triunfante el envés.

—Las habéis marcado de un modo tan chapucero que en todo momento sé las cartas que os tocan.

Una bomba de silencio hizo saltar por los aires los susurros y cuchicheos. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Y había más de una veintena de cuchillos escondidos en la taberna.

—¿NOS ESTÁS LLAMANDO TRAMPOSOS?

—Para nada. Os estoy llamando idiotas. Bueno, qué... ¿otra partidita?

Galileo devolvió la sota a la baraja.

Gattamorta se descolgó una daga del pecho.

Moscardone, un escoplo de carpintero.

Scarabocchio rompió una botella contra el tablero de la mesa.

—¿Ahora quién es el tonto? —al reírse, a Gattamorta le bailaron en la boca todos los dientes (no más de cinco).



La expresión de Galileo era un cuadro. Ofrecía de todo: desconcierto, alarma, indignación, pánico...

—¡Voy desarmado y sois tres contra uno! —les echó en cara.

—Mira el «espabilao», qué bien le salen las cuentas...

Sin tocar el dinero sobre la mesa, Galileo se levantó y trató de ganar la puerta. Gattamorta y Móccola, su herrumbrosa daga de cuatro filos, le cortaron el paso.

—¿Adónde vas con tanta prisa, floripondio?

El joven probó a cambiar de táctica.

—¿Es por el dinero? Para vosotros. Si yo solo jugaba por divertirme... Os invito a una ronda.

«A buenas horas, mangas verdes», leyó en los ojos bizcos de Moscardone.

—¿Dos rondas? ¿Tres? Anda, venga. ¿Mejor una barra libre?

—No te quepa duda de que ese dinero acabará en nuestros bolsillos, niñato...

—Entonces estamos de acuerdo.

—... Después de haberte rajado la barriga...

—Hombre, vamos a ver, ahí ya no estamos tan de acuerdo...

—... Y coserte a puñaladas.

Galileo reculó:

—Eh... Suena genial, el plan. En serio, me encantaría quedarme, pero se me ha hecho un pelín tarde... Seguro que...

Gattamorta le tiró una estocada al estómago.

Fue uno de esos momentos en los que se altera nuestra percepción del paso del tiempo. Cada segundo se fue alargando, hasta adoptar el ritmo pausado de las horas. Galileo vio el relámpago del acero que buscaba su cuerpo y

entonces reparó en dos figuras que se levantaban, al fondo. Las reconoció. Habían permanecido apartadas durante la partida, enfrascadas en sus propios asuntos. El juego y la distancia le habían impedido atender a su conversación, pero le había llamado la atención la actitud de ambos. El mayor, un hombre de mediana edad, imponía su autoridad con gracia y naturalidad. El más joven, de la edad de Galileo, intervenía rara vez para protestar acaloradamente, sin salirse nunca de los estrictos límites del respeto.

Dos aceros se cruzaron con estrépito frente al ombligo de Galileo: un estoque cortaba el paso a la daga de Gattamorta. Los desconocidos, sentados, disimulaban su formidable estatura; ahora levantaban una barrera impenetrable para proteger al imprudente jugador.

—No os metáis donde no os llaman —acertó a decir Scarabocchio, no menos sorprendido que Galileo.

—Perdonad la intromisión —dijo el mayor, que empuñaba el estoque—, pero estabais atacando a un bocazas desarmado. Y antes de tocarle un solo pelo, tendréis que pasar por encima de mi cadáver.

—Si insistís...

Gattamorta lanzó una segunda estocada. Esta vez su contrincante ni se molestó en pararla. El desconocido se hizo a un lado, agarró al ladrón por el pescuezo y aprovechó el impulso de su arremetida para estrellarlo contra la pared. La daga saltó en un recoveco de sombras, donde se oyó un quejido ahogado. Mientras, el joven, tras desarmar a Scarabocchio de un guantazo, asió a Moscardone por la camisa y lo levantó como si fuera una almohada de plumas. Lo paseó por la taberna en vilo, desafiando a los veinte pares de ojos que asistían embobados a su exhibición de fuerza. Ni el Flaco se atrevió a susurrar esta boca es mía. El

gigante descargó a Moscardone sobre la barra como si entregara un saco de patatas.

—Llevaos el dinero y desapareced de mi vista —exclamó el mayor, dando una patada a la mesa y derramando una cascada de naipes y monedas.

Los tres obedecieron precipitadamente, sobre todo porque el público, ni corto ni perezoso, ya se apresuraba a recoger las monedas por su cuenta.

El joven del laúd salió como había entrado, convertido en el blanco de todas las miradas, aunque esta vez con escolta. Los parroquianos a punto estuvieron de despedirlo con una ovación. El «primo» les había regalado una noche de primera.

Al frescor de la calle, Galileo tuvo que apoyarse en una pared para no desmayarse. Al fondo se adivinaban las lonas de las embarcaciones que cabeceaban sobre el Arno, arriba y abajo, como si el río se desbocara en un maremoto. En realidad, toda la ciudad se columpiaba en la mente de Galileo por culpa del vino.

—Gracias. Me habéis salvado la vida —balbuceó conmovido.

—¡Tú lo has dicho! —asintió el joven.

—No te lo tomes a mal —dijo el mayor—, pero ¿es que todavía no has aprendido cuándo te conviene mantener la boca cerrada?

—¿Ni a elegir mejor a tus compañeros de juego? —añadió el otro.

Galileo apenas los escuchaba. La marea alta de la adrenalina se batía en retirada, dejando un vacío que le cortaba la respiración.

—Caterina...

Los dos gigantes intercambiaron una mirada.

—Caterina no me quiere —anunció Galileo al borde de las lágrimas.

—A nosotros tampoco —el gigante de más edad le guiñó un ojo—. Lloremos juntos, pero mejor en otra taberna donde no agüen tanto el vino: el clarete de este Flaco se pasaba de clarísimo. Allí nos contarás tu versión de la historia más vieja y trillada del mundo.

—¿Cuál es, tío? —preguntó el joven.

—Suelen titularla CALABAZAS.

—¿Es una comedia?

—Para quienes la escuchan, desde luego. A quien la cuenta, le parece la peor de las tragedias.

—¿Y termina bien?

—Solo para los espectadores.